

NOTAS PARA DESMITIFICAR EL AMOR ROMÁNTICO: UN CAMINO DE DECONSTRUCCIÓN DEL ROL DE LA MUJER HACIA PRÁCTICAS AMATORIAS MÁS IGUALITARIAS Y DIVERSAS

NOTES TO DEMYTIIFY ROMANTIC LOVE: A WAY OF DECONSTRUCTION WOMEN`S ROLE TOWARDS MORE EQUAL AND DIFFERENT AMATORY PRACTICES

TAMARA KOGAN¹
UNIVERSIDAD DE ACONCAGUA

Sumario:

1. Palabras preliminares
2. Introducción
3. Análisis del *amor romántico* y sus consecuencias
4. Conclusiones

Resumen: Esta investigación propone el abordaje de algunos mitos del amor tradicional que provienen de distintos momentos históricos y siguen en vigencia actualmente mediante estereotipos de género y mandatos sociales. La propuesta es reflexionar sobre la desmitificación del amor romántico, que nos marca en lo que deberíamos ser y cómo, invisibilizando otros modos alternativos y disidentes de sexualidades, vínculos e identidades.

Palabras clave: Mujeres- Amor romántico- Prácticas amatorias igualitarias y diversas.

Abstract: This research proposes the approach of some myths of traditional love, which come from different historical moments and are

1 Integrante de la *Red de Psicologxs Feministas*.

still in force today through gender stereotypes and social mandates. The proposal is to reflect on the demystification of romantic love, which marks us in what we should be and how, making other alternative and dissident modes of sexualities, ties and identities invisible.

Key words: Women -Romantic love- Equal and diverse love practices.

1. PALABRAS PRELIMINARES

Las presentes reflexiones surgen de algunas reflexiones surgidas de la confluencia entre tres aspectos entrecruzados que me atraviesan e interpelan: mi género y contexto, mi práctica profesional como psicóloga y mi ideología feminista, con una perspectiva de género y diversidad sexual.

A partir de esto, me permitiré reflexionar y citar fragmentos de autoras feministas como Coral Herrera Gómez y Marcela Lagarde entre otras, pensando a partir de mis vivencias de persona educada y socializada como mujer en el contexto de una sociedad donde imperan estereotipos de género y mandatos tradicionales, normativizados y normativizantes de vincularse y amar. En una búsqueda personal y profesional de deconstruir modelos patriarcales rígidos, reflexionaré desde mi experiencia como psicóloga, a partir de mi escucha clínica de padecimientos y malestares de personas que, al igual que yo, se encuentran en proceso de deconstrucción, cuestionamiento y autoconocimiento.

2. INTRODUCCIÓN

Como base para pensar en los roles de las mujeres y las prácticas amorosas, es importante tener en cuenta que lejos de tratarse de cuestiones naturales, son construcciones socio-culturales que han variado en distintas culturas y épocas y también

han ido dejando sus legados a lo largo del tiempo. Respecto de esto, respecto Lagarde (2001:7) refiere:

El amor es específico para cada género, cada clase social, cada edad, cada pueblo y cada cultura. El sentido del amor, como referencia simbólica, es compartido entre quienes descifran los mismos códigos y lenguajes y es a la vez diferente y único para cada quien.

Su idea indica que si bien hay códigos y referencias simbólicas compartidas, a la vez el sentido del amor es único y diferente para cada quien así como lo son todas las cuestiones que hacen a nuestras identidades.

En una sociedad en la cual solemos definirnos más desde afuera que desde adentro, este sería un primer punto fundamental para reflexionar acerca de cómo amamos y si es este el único modo posible. En general, tendemos a repetir maneras estereotipadas de hacer las cosas de acuerdo a mandatos, ritos, costumbres, etc., que se encuentran avaladas y legitimadas socialmente. En cambio, los procesos de autoconocimiento suelen presentarse ante nosotros como más complejos y difíciles, desconociendo caminos para mirar para adentro, para preguntarnos qué sentimos, qué queremos, y construir maneras creativas de vivir nuestras identidades y vínculos.

En búsqueda de posibilitar este proceso de autoconocimiento, se toma el concepto de *deconstrucción* propuesto por Jacques Derrida que alude a desmontar cierto discurso, en este caso el discurso amoroso tradicional y los estereotipos en los roles de las mujeres, evidenciando sus falacias, ambigüedades, contradicciones, etc. y descubriendo el proceso histórico y cultural que les subyace. La deconstrucción, de este modo, demuestra que hay múltiples lecturas posibles. (Pérez Porto 2017)

3. ANÁLISIS DEL AMOR ROMÁNTICO Y SUS CONSECUENCIAS

Como definición de amor romántico, la filósofa feminista Diana Maffía (2018) afirma que se trataría de:

un invento entre el renacimiento y la modernidad que tiene que ver con fijar determinado tipo de roles a partir del cambio en la familia. La idea del amor, la sexualidad y el matrimonio unidos en un mismo espacio es absolutamente reciente. Estas vías transcurrían cada una por su lado, los matrimonios eran asociaciones con objetivos, a veces la procreación, a veces alianzas políticas o tribales. El amor y la sexualidad no siempre concurrían. El amor romántico es pensar en dos imanes que en algún momento conforman una totalidad, un amor heterosexual en el cual un varón y una mujer se van a ver atraídos y complementados.

Herrera Gómez (2011) también postula al amor romántico occidental como una construcción sociocultural, atravesado por una ideología hegemónica patriarcal, y cuyas principales características serían: la pareja monogámica heterosexual, entre adultos, orientada a la procreación y bendecida por la sociedad, iglesia, estado, y legitimada por la ciencia. Desde esta perspectiva, el objetivo del amor romántico occidental sería crear trabajadores y trabajadoras que produzcan y consuman, es decir que se trataría de un objetivo económico para el cual el ideal de amor romántico se ha globalizado. Cabe destacar que para Herrera Gómez *lo romántico es político, y por ello, se construye a través de la ideología del momento. En la actualidad a través del capitalismo y el patriarcado*". (Asuar Gallego, B. 2018) En cuanto al patriarcado, al ser educades y socializadas en un contexto atravesado por una ideología hegemónica patriarcal, las formas de amar se construyen en base a mitos que perpetúan el machismo en las relaciones. En lo que refiere a la lógica capitalista, esta se mantiene, principalmente, a través de la idea de la concepción de la propiedad privada: esta idea tan arraigada de que cuando amas a alguien, ese alguien te pertenece. (Ídem)

Podemos ver cómo estas ideas se reproducen a través de

la cultura, por medio de chistes, canciones, películas, medios de comunicación, etc. A través de ellos, se deja ver una lógica de relaciones basadas en jerarquías, con las cuales una persona domina y otra se somete, y al vivir en una sociedad misógina es la mujer la que se somete al varón. (Ídem) No nos enseñan a relacionarnos horizontalmente, de igual a igual, de aquí la importancia de deconstruir este tipo de vínculo para poder amar de maneras más igualitarias.

Si nos ponemos a pensar en la construcción de las identidades de las mujeres, viviendo en una sociedad donde reinan los estereotipos binarismos de género, desde lo simbólico que nos rodea, desde la educación y la socialización recibida, estaríamos programadas de un modo bastante similar y repetitivo. En primer lugar, a partir de una genitalidad *vagina*, el sistema médico hegemónico determinaría que somos *nenas*, y también el sistema legal y jurídico nos inscribiría con un sexo femenino y un nombre en concordancia, y generalmente nos harían agujeritos en las orejas y comenzarían a regalarnos muñecas y luego cocinitas y ollitas para que juguemos. Si esto no nos gusta, lo más probable es que seamos vistas como *raras* ya que no es lo esperable que no nos gusten cosas rosas y princesas. Aprendemos los quehaceres del hogar, de lo privado, del cuidado, la emocionalidad. Es decir, a partir de nuestra anatomía ya somos introducidas en un mundo rosa y estereotipado, a pesar de que nuestra genitalidad no determine nuestra identidad de género.

Durante la infancia, a través de historias, juguetes, etc. ya internalizamos uno de los grandes mitos del amor tradicional, según Coral Herrera (2011) que apunta a la construcción de identidades a partir de una falsa dicotomía: el príncipe azul/guerrero valiente y la princesa rosa. Él, representante de la masculinidad hegemónica, de la virilidad, la contención emocional, un héroe, aventurero, que generalmente tiene que abandonar su tierra por una misión, siendo una figura salvadora, y que a partir de este rito se convertirá en hombre logrando el amor de

la princesa, recibiendo su merecido descanso de guerrero. Este varón trabajador, en un rol de proveedor, cabeza de familia, con todas las características mencionadas, es el que aprendemos a desear y esperar desde pequeñas ya que se nos inculca el rol de la princesa rosa: una mujer que desea ser amada por este varón, desde un lugar de objeto de deseo y amor, mediante una espera pasiva del príncipe, siendo su autorrealización la boda a partir de la cual vivirán felices para siempre. Esta sería nuestra recompensa por la capacidad de espera y entrega, siempre en un lugar de pasividad, en el cual llega el príncipe para protegernos y llenarnos de hijos. Este es el principal mito que encontramos en el romanticismo, la frase que concluye los relatos de amor: *y vivieron felices, y comieron perdices*. (Herrera Gómez, C. 2012-2013) Es decir, todo se resuelve en la vida con el matrimonio, y es el fin de la historia, nadie habla de lo que sucede después.

Herrera Gómez (2011) analiza la estructura mítica de la narración amorosa, observando que se repite que dos personas se enamoran, se ven separadas por diversas circunstancias, obstáculos (dragones, bosques encantados, monstruos terribles) y barreras (sociales y económicas, religiosas, morales, políticas), y tras superarlos, la pareja feliz por fin puede vivir su amor en libertad. Aquí se encuentran implícitos algunos otros mitos del amor romántico; Marcela Lagarde (2001) los menciona como la disposición a la tragedia, en relación a todos los obstáculos y sufrimientos que se atraviesan en nombre del amor. Ello implica asumir el sufrimiento como un componente ineludible del amor creyendo que amar es sufrir. Creemos que el sufrimiento amoroso es una virtud y nos convertimos en sus víctimas.

Como vemos, retomando a Herrera Gómez (2011), es evidente que estas historias están atravesadas por ideologías patriarcales basadas en una rígida división de roles sexuales y estereotipos de género mitificados: él es valiente, ella miedosa; él es fuerte, ella vulnerable; él es varonil, ella es dulce; él es dominador, ella es sumisa. Estos modelos de feminidad y mas-

culinidad patriarcal son la base de gran parte del dolor y frustraciones que experimentamos en el amor, ya que no conciben con la realidad y principalmente porque todos somos fuertes y frágiles, activos y pasivos, dominadores y sumisos. Sin embargo, curiosamente nos encajonamos en unas etiquetas que determinan nuestra identidad, sentimientos, actitudes y comportamiento para toda la vida.

Otro de los mitos más famosos en relación al amor es el de la *media naranja* que proviene del mundo griego: el amor ponía a las personas en proceso de perfección, siendo el amante un ser imperfecto que buscaría en la otra persona lo que le falta. (Lagarde, 2001) Si bien este tema es muy antiguo, la definición de amor del *Diccionario de la Real Academia Española* (2001) sorprende por su vigencia:

1. m. Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser. 2. m. Sentimiento hacia otra persona que naturalmente nos atrae y que, procurando reciprocidad en el deseo de unión, nos completa, alegra y da energía para convivir, comunicarnos y crear.

Es decir, que habría una carencia que sólo podría llenarse a partir del amor de pareja que desde esta definición sería una atracción natural y no influenciada ni determinada por lo histórico y socio cultural.

Este mito se relaciona con la creencia en que existiría *el amor de mi vida*, es decir que solamente habría uno como única manera de sentirnos completas con el sufrimiento que esto implica si la relación fracasa. Esto se concatena con el mito de que *el amor es lo más importante y requiere entrega total* (Lagarde, 2001) ya que claramente como solo habría un amor de mi vida, y sería la única manera de encontrarme completa, debería entregar todo para poder sostenerlo, y saber esperar como la princesa rosa que debería ser, por ejemplo, la Bella Durmiente que solo esperó 100 años a su amado. (Herrera Gómez, C. 2011)

En todos estos mitos se deja traslucir que la otra persona se encontraría en el centro de nuestra existencia, idea a partir de la cual se nos educa a las mujeres como seres para el amor a otros y no se nos enseña a amarnos a nosotras mismas. Esto se conoce como *mito del emparejamiento* a partir del cual el amor de pareja sería el centro y la referencia de la existencia, por lo que debería haber una entrega total. Reflexionando sobre estos mitos en la educación de las mujeres, Lagarde (2001: 7) refiere:

Cada mujer recibe el mandato del amor como si éste emanara naturalmente de su ser y cada quien debe convertirse en amorosa persona y alcanzar la felicidad por medio del amor. Para las mujeres el amor es una cualidad de identidad y un medio de valoración personal, de autoestima.

La misma autora cita a Simone de Beauvoir en su pensamiento de que para que la libertad se realice las mujeres tenemos que ser egoístas, con el gran obstáculo de que en la cultura occidental el egoísmo en nuestro género es reprobable. Si se nos educa prohibiéndonos que el yo esté en el centro de nuestra propia vida, entonces la pregunta sería: ¿cómo amar si no nos amamos primero a nosotras mismas?

Cuando comenzamos a socializar con amiguites e ir a la escuela ya comienzan las típicas preguntas sobre si tenemos novicito o nos gusta algún chico, asumiendo el *mito de la heterosexualidad*, o la *heteronormatividad*, marcando esta orientación sexual como normativizante, así nos enseñan qué es lo que se espera que seamos como mujeres desde la norma social.

Hay hitos sociales que marcan nuestras vidas como *mujeres* que se encuentran igualmente atravesados por mitos y costumbres. Por ejemplo, la menarquía: cuando nos viene la menstruación por primera vez nos dicen que nos hicimos *señoritas*, se abre la puerta al mundo de ser *mujeres* porque ya podemos *ser madres*. Ni hablar de todos los tabúes en torno a este hecho como que la menstruación es sucia, algo impuro, y principal-

mente es algo que *debe sufrirse*, no aprendemos a aceptar nuestros ciclos sino a sufrirlos, al igual que sufrimos el amor. Más tarde, cuando cumplimos 15 años, a muchas nos celebran este hito con una gran fiesta, tomando a la historiadora mexicana Mayavel Saborío Carranza (2010: 28):

La celebración de los quince años de una jovencita no es otra cosa que un rito de paso, es el momento en que socialmente una adolescente pasa de ser considerada una niña a una mujer. Tradicionalmente, y en especial en comunidades muy conservadoras, se considera que estas niñas ya son aptas para tomar las responsabilidades de la edad adulta; que tienen edad suficiente para mantener relaciones de noviazgo que las lleven directamente al matrimonio para cumplir con su misión tradicional: ser madres amorosas y abnegadas, esposas obedientes y sumisas, salvaguardas del bienestar espiritual familiar, administradoras de sus casas y, en algunos casos, incluso, proveedoras materiales del hogar.

Como vemos, es escaso o nulo el lugar para pensar la maternidad como una opción, una elección, sino que más bien viene homologada y equiparada al hecho de ser mujer. En las fiestas de 15, la cumpleañera en cuestión se viste con un vestido de princesa, espera emocionadísima a su padre, su autoridad y referente, quien la busca para presentarla en sociedad como una *mujercita*, e introducirla así en el *mercado*.

A lo largo de la pubertad y adolescencia, aparecen una serie de hitos a los cuales se les da muchísima importancia, que *marcan* algo para toda la vida: el primer novio- que es siempre es un varón, nunca otra mujer, un chico trans, chica trans, persona no binaria, etc.-, el primer beso- siempre se lo supone heterosexual-, y ni hablar de *perder la virginidad* que se entrega a un varón también. Se considera que para tener una relación sexual tiene que haber penetración, es decir, que todas las otras relaciones sexuales posibles en las cuales el protagonista de la escena no es un pene, no serían válidas como tales sino como meros

juegos sexuales. A partir de estas realidades, en las cuales las sexualidades disidentes están totalmente invisibilizadas, pareciera que si una mujer tiene relaciones con otra mujer, no fuera igualmente legítimo, como si se tratara solamente de un *juego previo*. Todo ello da cuenta del nivel de falocentrismo de la sociedad en la que estamos inmerses. Es importante pensar el concepto de virginidad como una construcción social también, que connota un momento que marca un antes y un después en la vida de las mujeres, es decir, un hito más, un hito de control sobre el cuerpo de las mujeres que sostiene una cierta prueba de pureza, que se le entrega al varón en la noche de bodas.

El *rito de la boda* es otro gran hito en la vida de las mujeres para el que se nos prepara implícitamente a lo largo de la vida. Gran parte de la educación va destinada a que busquemos un varón para casarnos y tener hijos, y así conformar una familia. Siguiendo a Urbiola (2006), el rito de celebración de una boda surge antiguamente como un contrato privado entre familias que se negociaba entre los padres de cada parte, y que al cerrar el acuerdo, la pareja se consideraba casada; luego se realizaba un banquete. En cuanto a la noche de bodas, lo más importante era que la mujer pudiera dar prueba de su pureza sexual. Con el tiempo, la unión de dos personas pasó a ser uno de los actos-rituales más importantes de la vida de las personas, llenándose de símbolos, supersticiones, gestos, actos y aumentando así cada vez más su afán de lucro. En cuanto a estos aspectos, Herrera Gómez (2011: 13) plantea:

Además de su dimensión cultural y emocional, el Amor constituye, en su dimensión social, económica y política, un potente dispositivo de consumo que potencia las industrias nupciales: agencias de contactos, Iglesia católica, restaurantes, ropa y complementos para novios y novias, agencias de viajes, tiendas de regalos de boda y aniversario, la industria inmobiliaria, muebles del hogar, centros comerciales en los que emplean su tiempo libre las familias, la industria de los

bebés que colman de dicha el hogar de los enamorados, los profesionales de la psicología y de la abogacía que resuelven los procesos de divorcio, etc.

En cuanto al matrimonio, impera el mito de que el amor romántico-pasional debe conducir a la unión estable de la pareja y constituirse en la (única) base del matrimonio- o de la convivencia en pareja-, este es el mito del emparejamiento que institucionaliza la convivencia de dos como algo natural y universal, con el objetivo de la procreación. Ello invisibiliza formas alternativas de vivir los vínculos como parejas que deciden no convivir, personas que eligen no tener hijos, personas que deciden vivir solteras, mujeres que deciden tener un hijo solas, personas poliamorosas que conviven con más de una pareja, etc. El matrimonio también se encuentra atravesado por el mito de la eternidad del amor, perdurabilidad o pasión eterna, lo cual con frecuencia implica un costo altísimo, a veces de la propia vida de las mujeres, para ser sostenido.

El principal mito instituido en torno al matrimonio es la *monogamia*, que siguiendo a Lagarde (2001) se instituye como regla patriarcal en el amor burgués, en el que el amor pasión se une al matrimonio y a la procreación, estableciéndose como pauta fundamental la propiedad de los hombres sobre las mujeres, quienes durante toda la vida deben llevar el apellido del esposo. Según este modelo, cada mujer tiene como destino en la vida hallar a un dueño, jurídica, afectiva, sexual y económicamente. En esta época y bajo este modelo se inicia la reclusión de las mujeres en la casa como seres del mundo privado, construyéndose el modelo de lo que está bien y lo que está mal: las que andan en la calle son malas, las hogareñas buenas, lo que Lagarde (2001: 48) denomina las *madresposas* y las *amantes*. Aparece el adulterio como traición al pacto del matrimonio, representando la ruptura de ese pacto conyugal, sacudiendo los cimientos de la pareja, de la institución familiar y por extensión, la estructura social al completo. La monogamia se ha mitificado

hasta tal punto en los relatos que ya no advertimos que no es un asunto biológico ni natural, sino que es un mito que perpetúa la creación de familias heterosexuales basadas en uniones duales y exclusivas, con sentimientos de pertenencia y posesión. Se basa en el *mito de la exclusividad*, de que todos los deseos pasionales, románticos y eróticos deben satisfacerse exclusivamente con una única persona: la propia pareja. (Lagarde 2001)

4. CONCLUSIONES

Como conclusiones a partir de este breve recorrido por algunos mitos del amor tradicional, que provienen de distintos momentos históricos y siguen en vigencia actualmente mediante estereotipos de género y mandatos sociales, podemos ver en primer lugar cómo se nos marca lo que deberíamos ser y cómo deberíamos serlo, invisibilizando otros modos alternativos y disidentes de sexualidades, vínculos e identidades.

Herrera Gómez (2011) refiere una dificultad principal: la clara contradicción entre la estructura sentimental internalizada a partir de los mitos y mandatos patriarcales, y la teoría feminista. En relación a esto, Lagarde (2001,16) denomina “Sincretismo de género” al resultado producido entre la doble construcción entre el género construido tradicionalmente, mezclada con la moderna, las cuales son antagónicas, este sincretismo se refleja en los conflictos que vivimos internamente en nuestras subjetividades. Con el mismo obstáculo me encuentro yo como psicóloga al escuchar a mis pacientes y al interpelar mi vida personal: compartimos y entendemos todo esto, pero tenemos tan internalizado el modelo patriarcal de ser y amar, que no logramos ver qué alternativas amorosas podrían plantearse, construirse, nos vemos atrapados en estos esquemas rígidos y dificultades de hacer construcciones propias.

Herrera Gómez, (2009: 13) plantea la necesidad de despa-

triarcalizar y descapitalizar el amor, para lo cual propone dejar de idealizar las utopías románticas, trabajando el apego y el miedo a la soledad: cuestionando la división tradicional de roles, subvirtiendo los estereotipos, desmontando los mitos, diversificando los afectos, deconstruyendo la heteromonogamia, construyendo prácticas amorosas más igualitarias y diversas, vínculos más sanos.

Maffia plantea la necesidad de generar vínculos creativos, dada la enorme crisis de las instituciones familiares y de pareja, encontrar aquella que nos parece que valga la pena vivir.

Desde lo terapéutico creo que la apuesta es la posibilidad de tomar conciencia de los mandatos y narrativas dominantes que nos alienan de nosotros mismos, para esto el camino es el del autoconocimiento, solo dentro de cada una están las respuestas sobre cómo ser más felices y auténtiques. A partir de ellas, se pueden deconstruir los cánones y normas sociales impuestos y co-construir alternativas liberadoras, “narrativas alternativas” (Montesano, 2013: 20) que generen nuevos significados en relación a quiénes somos y qué deseamos. A partir de esto podemos animarnos a ser y amar creativamente.

Pienso que, al criarnos en una sociedad tan misógina, las mujeres hemos internalizado rechazo y odio hacia nosotras mismas, y hacia otras mujeres. Creo que lo revolucionario sería empezar a amarnos a nosotras mismas, a cuidarnos, a darnos lo que realmente sentimos que nos merecemos. Sin culpas, sin miedos. Como dice Lagarde (2001: 93), pensando acerca del amor incondicional: La única incondicionalidad a la que podemos aspirar somos nosotras mismas.

Amarnos y amar a otras mujeres, ser sororas, no competir entre nosotras. Poder desarmar y desmontar esta educación para el odio, para querer ser siempre como una “otra” que es un modelo estereotipado e irreal, ideal para el deseo de un macho. Aprendamos a protegernos porque nos amamos, a darnos

cariño en lugar de castigarnos. Los modelos hegemónicos imperantes se manifiestan como distintos tipos de violencias hacia nosotras, las internalizamos y ejercemos violencia contra nosotras mismas, cuando nos comparamos con estereotipos, cuando sentimos inseguridades, cuando no nos aceptamos, cuando seguimos mandatos de amor que quizá no son con los que nos sentimos cómodas, cuando cumplimos con mandatos sociales patriarcales acerca de cómo ser mujeres o varones, viendo solo estas dos opciones identitarias como formas posibles de ser en el mundo. Sufrimos y sufrimos, bajas autoestimas, inseguridades, competencia, rivalidad, comparaciones, en las cuales no valoramos lo que somos, sino que estamos guiándonos por mandatos externos de cómo deberíamos ser. Trabajemos en aceptarnos, busquemos formas de conocernos, resignifiquemos nuestras soledades positivamente y usémoslas para dudar, para pensar, para cuestionarnos, para conectarnos con nuestras emociones e intuiciones, que son nuestras guías.

La sociedad en la que vivimos nos alienta a seguir caminos ya recorridos e instituidos, no a buscar nuestros propios caminos, alternativos, autogestivos. Creamos en nosotras mismas, conozcámonos, reforcemos positivamente lo único y creativo en nosotras, seamos nuestras propias referentas, nuestra propia autoridad, autoricémonos a ser nosotras mismas, no pidamos permiso a nadie más, seamos propiamente nosotras. Amemos a quien o quienes deseemos, pero primero amémonos a nosotras mismas, como dice como dice Lagarde seamos *sujetas del amor, protagonistas con derechos amorios* (2001: 88), no objetos de deseo de alguien más, coloquémonos en el centro de nuestras vidas, seamos protagonistas de nuestros sueños. Aceptémonos, amémonos, potenciémonos, esta desde mi punto de vista es la base para poder crear nuevas prácticas amorios más auténticas para cada una.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ASUAR CORAL BOSH FIOL, Esperanza (2013), “Del amor romántico a la violencia de género. Para una coeducación emocional en la agenda educativa”, *Revista de Currículum y Formación de Profesorado* (Universidad de Granada), 17, 1 (enero-abril), 105-122.

_____. et al., (2004-2007), *Del mito del amor romántico a la violencia contra las mujeres en la pareja (Informe)*, Ministerio de Igualdad. Secretaría general de políticas de la igualdad. Instituto de la mujer, Universidad de les Illes Balears. http://cepavi.jalisco.gob.mx/Material_didactico/Noviazgo/Modelo%20de%20amor.pdf

HERRERA GOMEZ, Coral (2018), “Se ha disfrazado de amor lo que es control y dominación”, *Público* (14 de enero; Madrid). <https://www.publico.es/sociedad/amor-romantico-coral-herrera-disfrazado-amor-control-dominacion.html>

_____. (2013), *La utopía romántica posmoderna*, vol. 3. <http://haikita.blogspot.com/>

_____. (2012-2013), *Los mitos románticos*, Madrid-San José, 3. <http://haikita.blogspot.com/>

_____. (2011), “Los mitos de la masculinidad y el romanticismo patriarcal. Análisis de la construcción sociocultural de la identidad masculina y de las relaciones amorosas con hombres y mujeres”. Congreso Iberoamericano de Masculinidades y Equidad: Investigación y Activismo, Barcelona, 7 y 8 de octubre de 2011. http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material_masculinidades_0164.pdf

